



ENRIQUE GALLUD JARDIEL. *HISTORIA ESTÚPIDA DE LA LITERATURA*. SEVILLA: ESPUELA DE PLATA, 2014



Cuando la literatura se convierte en cuarto cerrado, en sacrosanta retórica y en santuario repleto de efemérides y figuras venerables, un baño de parodia es una saludable costumbre para airear ambientes viciados y devolverla al territorio que le es propio, el del goce de la lectura, que no debe abandonar nunca.

Y esto lo hicieron Calderón de la Barca en su *Céfalo y Pocris*, Ramón de la Cruz en su *Manolo*, Valle Inclán en sus *Martes de Carnaval*. Y, por supuesto, toda la generación del 27, tocada de la irreverencia de las Vanguardias históricas y del humorismo moderno que desdeñaba el chiste fácil del astracán. Paródico es el libro genial de Rafael Alberti, *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*, paródica es la versión de *Hamlet* perpetrada por Luis Buñuel y Pepín Bello; paródicas son las *Nuevas aventuras de Sherlock Holmes*, de Enrique Jardiel Poncela.

Y esta vena paródica que su abuelo desplegó en todos los géneros (no se puede olvidar el desternillante drama *Angelina o el honor de un brigadier*) le ha tocado también a Enrique Gallud Jardiel, que en esta *Historia estúpida de la literatura* carga contra autores consagrados, contra obras intocables, contra famas y modas. El autor carga sin piedad contra poetas, contra narradores y contra dramaturgos. Dejando al margen, pues, capítulos tan sabrosos como “Contra Cervantes” o “Cómo ser un poeta japonés”, nos centraremos en cómo Enrique Gallud destruye la dramaturgia nacional y mundial.

En “La antiliteratura”, por ejemplo, se elimina una de esas obras intocables, *Hamlet*, con un simple giro de guión que respone a la lógica más aplastante:

El fantasma del padre de *Hamlet* se le aparece a su hijo en una noche brumosa y éste cae fulminado de un infarto, debido a la impresión. Los

guardias le afean su conducta al fantasma, que, arrepentido, promete solemnemente no volverse a aparecer a nadie nunca más (p. 193).

No sale mejor parada la zarzuela, a la que dedica el didáctico capítulo “Qué nos enseñan las zarzuelas”, donde saca moralejas como la siguiente:

La revoltosa.

Hay una mujer bella que tiene revuelta a toda la vecindad: es la comidilla continua de las mujeres y el tormento de dos o tres docenas de hombres. Aprendemos que la mayoría de las mujeres del mundo son feas, porque si hubiera más mujeres bellas, no sorprenderían tanto (p. 52).

Por el hecho de ser irlandés y premio Nobel no se libra Samuel Beckett de ver destruida su obra más famosa con la sorprendente revelación de que “A Godot le robaban frecuentemente el reloj y por eso llegaba siempre tarde a todas partes o no llegaba en absoluto” (p. 87). Y así, con desvergonzada facundia, va derribando torres y prestigios intocables: Shakespeare, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Arniches o Zorrilla.

En la parodia hay siempre, aunque esté muy escondido, un secreto homenaje a aquello de lo que nos reímos. Por ello solamente pueden parodiar con gusto y con ganas aquellos que conocen bien el objeto de su irrisión. Enrique Gallud, sin duda, ama a Garcilaso y a Góngora cuando es capaz de rehacer sus poemas con tan buena maña como se da en este libro. Y es seguro que ha leído con pasión a Shakespeare, a Tirso de Molina y a Lope de Vega para llegar a dar una versión tan bizarra del origen del tremendo drama de *Fuente Ovejuna*:

De este episodio que cuento
 tienen las berzas la culpa,
 que crecían abundantes
 en torno a Fuenteovejuna,
 y las mozas de ese pueblo,
 de la primera a la última,
 las comían con deleite
 en asado o en fritura
 y se pusieron tan sanas,
 apetitosas y ebúrneas,

buenorras y macizorras,
y de tan buen ver, en suma,
que un Comendador, tentado,
le pegó un buen tiento a una (p. 151).

En suma, si usted, desprevenido lector, llega a leer *Historia estúpida de la literatura*, es muy dudoso que apruebe Segundo de la ESO. Pero pasará muy buenos ratos de apacible deleite y tendrá mucho que agradecer al ingenio y a la agudeza de Enrique Gallud Jardiel, digno heredero de su abuelo, don Enrique.

Fernando Doménech